

## Acompañamiento a la lectura de *Claves*

Nuria Claver<sup>1</sup>

No es posible ofrecer un análisis detallado del sector de las revistas culturales sin antes reconocer las peculiaridades de nuestra historia reciente. Según lo concibo, el carácter global de ese tránsito parece obvio: el cambio profundo que supone la transición democrática establece una frontera, un antes y un después que afecta decisivamente a este sector, permitiéndole desgranar nuevas fórmulas, ya en libertad. En este sentido, conviene resaltar que cuando hace una década aparece *Claves*, el umbral ya ha sido superado, y la revista llega al público con esa alegría que contagia el hecho de vivir en democracia. De ese modo, una vez llevada a cabo la transición, es posible expresar las ideas con total frescura y libertad de criterio, y ello permite establecer los objetivos de nuestra cabecera: plantear las claves sobre todas aquellas preguntas que se pueda hacer el lector. Con todo, si se considera el proceso en su conjunto, es oportuno recordar el espíritu de esas revistas que en los tiempos más duros hicieron un gran esfuerzo por decir cuanto era preciso. Claro está, no somos ajenos a los puntos críticos de esta evolución de la sociedad española y por esa razón, ya libres de presiones políticas, hemos presentado textos en los cuales nuestra reciente trayectoria es sometida a examen por parte de grandes historiadores. También a la hora de proponer estos análisis hemos procurado que el rigor los gobierne. En una revista como *Claves* tal propósito es fundamental: el gran ejercicio consiste en que el artículo que aborde este tipo de cuestiones histórico-sociales resulte riguroso y, si se quiere, *academicista*, obedeciendo al modelo clásico.

Por su talante, *Claves* persigue un tipo de crítica constructiva que se manifiesta en nuestras exigencias a la hora de dar un artículo a la imprenta: desde el instante en que su autor se plantea exponer algo acerca de un determinado problema, solicitamos que el escrito se cierre con una conclusión que, de algún modo, explique soluciones. Y ese procedimiento queda vinculado a nuestra demanda de ideas pues, no se olvide, definimos *Claves*

<sup>1</sup> Coordinadora editorial de *Claves*, dirigida por Fernando Savater y Javier Pradera. [Declaraciones recogidas y transcritas por Guzmán Urrero].

como una *revista de ideas, libros y cultura*, ordenando en esa línea las materias que nos parecen fundamentales. Como es obvio, no se trata aquí de incorporar la crítica fácil, la contradicción o el reproche indiscriminado, y claro es que tampoco basta el ejercicio crítico profundo si éste no va respaldado en su línea directriz por ese despliegue final de soluciones.

Ciertamente, avanzando en este sentido surge la posibilidad del debate, y aunque en principio existía una intención clara en esa línea, no ha sido fácil conseguir que la revista sirva de marco para la controversia intelectual. De acuerdo con una de nuestras consignas originales, pretendíamos hacer una revista en la cual fuera posible *añadir datos a las razones y razones a los datos*. Pero, al menos en lo que concierne al debate, no fue fácil llevar a la práctica ese fundamento, ya que resulta complicado que lectores y autores tomen parte en una determinada polémica. En más de una oportunidad, alguien habrá leído un artículo y pensado en contestarlo, pero no se habrá decidido a poner por escrito sus objeciones. De hecho, este proceso comenzó muy quedamente, con una tímida polémica sobre poesía. A partir de ahí, fueron surgiendo nuevas posibilidades de diálogo y litigio, hasta el punto de alcanzar suficiente relevancia en nuestras páginas como para merecer una sección específica, titulada *Objeciones*, donde se publican comentarios y respuestas de este orden. Al repasar los últimos debates, me viene a la memoria el suscitado por el caso Sokal, acerca del cual opinaron autores como Ignacio Sánchez Cuenca y Cayetano López, y que luego quedó engarzado con un artículo de Antonio Escohotado en torno a su ensayo *Caos y orden*.

Desde luego, este ejemplo nos remite al tipo de lector que lee *Claves* y que parece responder al contorno del intelectual clásico. No obstante, es posible dilatar los márgenes de ese perfil, puesto que el abanico de seguidores de la revista es bastante amplio. Para explicar este encuentro con otro tipo de lectores, mencionaré mi contacto con muchas personas del ámbito universitario que llaman a la redacción solicitando un determinado tema, o que buscan un artículo que han visto citado en *El País*. Obviamente, se trata de jóvenes que no están suscritos a nuestra publicación, pero que la siguen con interés. Fernando Savater, uno de nuestros directores, suele resaltar la frecuencia con que las tesis doctorales citan textos aparecidos en *Claves*. Y pensemos que no sólo se trata de una fuente documental para estudiantes de licenciatura y doctorandos: también los educadores se envuelven en este proyecto. Eso explica, por ejemplo, por qué llega a nuestra dirección tan elevado número de artículos escritos por profesores de universidad. De todos esos materiales, llega a publicarse alrededor de un cincuenta por ciento, lo cual da una medida de nuestros lazos con el mundo académico.

Fuera de ese campo, la revista procura satisfacer curiosidades muy heterogéneas, acordes con lectores de muy variada circunstancia, atraídos por materias tan dispares como la economía, la música, la religión o el teatro.

Pese a tal seguimiento, es evidente que proyectos como *Claves* tienen una carrera comercial muy limitada. De hecho, la mayor parte de nuestra venta se lleva a cabo por suscripción. En buena medida, se trata de seguidores fieles, atentos a la revista desde su primer ejemplar. Menos predecible, la venta en los quioscos depende del atractivo que ejerza cada número. Con todo, aún es posible que tuviera cabida una nueva revista de pensamiento que animara la confrontación entre cabeceras. Como es lógico, esa nueva revista tendría que asumir que, dadas las circunstancias de nuestro mercado, no es posible vender grandes cantidades.

No es ocioso añadir una aclaración: es manifiesto que hay dificultades para difundir una revista cultural, pues todos conocemos las peculiaridades del momento en que vivimos. No obstante, tengo la esperanza de que el estancamiento cederá paso a una nueva etapa. A mi modo de ver, la gente joven está harta de frivolidades y va a querer oír verdades, pero no verdades contagiadas o verdades virtuales, sino razones contundentes. Es un pronóstico intuitivo, basado en mi contacto con ese tipo de lector, pero mantengo la certeza de que va a haber un proceso de cambio gracias a los jóvenes. Según lo concibo, incluso es posible que esa revalorización del pensamiento repercuta en la acogida comercial de las revistas de humanidades.

Dejando a un lado esta posibilidad, estoy segura de que a lo largo de su primera década de existencia, *Claves* ha difundido muchas novedades. En sus páginas se han plasmado ideas originales, en ocasiones francamente adelantadas. Ideas acerca de temas de importancia, ideas a veces sorprendentes, que vienen a justificar el interés de la revista. Por lo demás, esa novedad siempre tiene cabida. Y es que si un texto muestra la calidad suficiente, no vamos a constreñirnos por su contenido: abriremos esa nueva línea temática y seguiremos adelante.

Así tenemos expresado a grandes rasgos el método de *Claves*. Somos muy fieles a los temas que ponemos en circulación, y también somos fieles al deseo de que se vayan incorporando a nuestras páginas los nuevos conceptos políticos y económicos. Es bien manifiesta esa característica en un artículo que publicamos hace cinco años, relativo al reparto del trabajo. Cuando ese texto apareció, yo advertí que ese nuevo proyecto esbozado por el articulista todavía estaba por llegar. Sin duda, en esta variedad de escritos se realiza una aspiración de la revista: que sus autores no se limiten a observar el presente y procuren analizar las derivas y mudanzas del tiempo futuro.

El hecho es que *Claves* no pretende, ni mucho menos, ir al paso de los acontecimientos, pero tampoco desea quedar demasiado lejos de ellos. Y esa búsqueda de equilibrio se manifiesta en nuestra organización del trabajo. En las reuniones que celebramos Javier Pradera, Fernando Savater y yo, cada uno aporta su bagaje y pone de manifiesto las cuestiones que, a su modo de ver, pertenecen a la actualidad. A la hora de combinar las propuestas, se tiene en cuenta todo el material que llega a la redacción sin haberlo solicitado. Ese aporte ajeno es de gran relevancia, pues nos permite calibrar los intereses de cada momento y, dentro de esta política libre, conceder espacio a cuestiones novedosas, como por ejemplo la clonación o el proceso globalizador de la economía.

Guiado por esa línea, el Consejo de Redacción, de acuerdo con las parcelas de interés de sus componentes, lee cuantos artículos se reciben, seleccionando aquellos de mayor altura intelectual. Por supuesto, puede llegar hasta nosotros un artículo espléndido cuyo remitente nos sea desconocido pero, como es obvio, eso no limita sus posibilidades de publicación. Al contrario: hay autores a quienes desconocíamos que luego se han convertido en colaboradores de *Claves* y de las tribunas de opinión de *El País*.

Por todo lo dicho cabe comprender nuestra emoción cuando hace un año salió a la venta nuestro número 100. En ese momento descubrimos que, casi sin advertirlo, habíamos consolidado el proyecto de *Claves*, logrando que éste ocupara ese lugar que le correspondía, ese lugar que habíamos soñado desde sus comienzos. Las ventas y las opiniones ajenas confirmaban ese afianzamiento, que también guarda relación con una doble consecuencia del oficio adquirido: sabemos muy bien qué vamos a querer publicar en cada número y también sabemos el tono que requiere la serie de contenidos que han de integrarlo.

Son seguidores de la revista los intelectuales más notables de la lengua española y es muy explicable que procuremos darles voz. Sin duda, desde las páginas de *Claves* atendemos con particular interés a los pensadores hispanohablantes y, en sentido contrario, los artículos y llamadas que recibimos nos dan a entender que también ellos, movidos por esa búsqueda común, siguen las novedades de la revista. Además de nuestra presencia en Iberoamérica, que nos gustaría fortalecer, somos conscientes de la recepción de *Claves* en países como Italia, desde donde también atienden nuestras propuestas.

Verdad es que los cambios de la revista han obedecido a esa línea de rigor y novedad, pero desde una perspectiva formal y estética, no ha de olvidarse el modo en que se ha privilegiado el diseño gráfico de la publicación: así, la profundidad de los temas queda desarrollada en un soporte ligero y